EL PENSAMIENTO EUCARÍSTICO DE SAN AGUSTÍN.

1. Introducción.

> "Los que ya comen la carne del Señor y beben su sangre, mediten lo que comen y lo que beben, no vayan, según el Apóstol, a comer y beber su propia condenación. Los que todavía no comulgan, apúrense a venir a este banquete, al que se hallan invitados. En estos días los magistrados reparten víveres; Cristo lo hace a diario; su mesa es aquella que se alza en el centro de la Iglesia... Para no comer y beber en daño irremediable suyo, vivan bien; exhortadlos a ello, no de palabra, sino con vuestras costumbres, y así los que aún no recibieron el bautismo se apresuren a seguiros; pero de modo que no mueran al imitaros" (Sermón 132,1-2).

La doctrina y la teología agustiniana en torno a la Eucaristía está diseminada por toda su obra y es difícil sintetizar en cuatro notas, también por la dificultad que entraña encuadrar cada texto en su contexto, teniendo en cuanta que Agustín no es sólo un teólogo y un asceta, sino también un celoso pastor de almas que quiere poner al alcance de sus fieles la doctrina y los misterios. Aunque es forzoso reconocer que en este, como un muchos otros temas, Agustín sigue subrayando el sentido trascendente y mistérico y la necesidad de potenciar el sentido de la humildad frente al misterio de Dios.

Aunque es cierto que la doctrina está dispersa en todas sus obras, es especialmente en los sermones predicados al pueblo, comentando el capítulo seis de san Mateo, en los comentarios al Padre nuestro y al capítulo seis de san Juan y en las Epístolas 54-55, donde la podemos encontrar concentrada. Los textos eucarísticos de Agustín contienen una profunda riqueza teológica, pero sobre todo fundamentan una espiritualidad eucarística de la vida cristiana, personal y eclesial y, sin duda, acercarse a ellos supone una profunda meditación del misterio eucarístico. Es más, releer a Agustín es descubrir la tradición de la Iglesia, que vivía la Eucaristía en la dimensión del misterio pascual. La Iglesia desde la Eucaristía y por la Eucaristía es una comunidad testigo del Resucitado.

Para Agustín la institución del bautismo y del eucaristía constituyen el vínculo de alianza con el nuevo pueblo y hacen que desaparezca la esclavitud de las prescripciones de Moisés. Agustín resalta el sentido real del sacramento y lo que significa la celebración de la Eucaristía: "Así también, cuando nos referimos a la celebración del sacramento del altar, decimos que en ese día acontece lo que no acontece en ese día, sino que aconteció antaño. Cristo fue inmolado una sola vez en persona y es inmolado no sólo en las solemnidades de la Pascua, sino también cada día entre los pueblos, en dicho sacramento. Por eso no miente quien contesta que es inmolado ahora, cuando se lo preguntan. Los sacramentos no serían en absoluto sacramentos si no tuviesen ciertas semejanzas con aquellas realidades de que son sacramentos. Por esa semejanza reciben, por lo regular, el nombre de las mismas realidades. Así como a su modo peculiar el sacramento del cuerpo de Cristo es el cuerpo de Cristo, y el sacramento de la sangre de Cristo es la sangre de Cristo, así también el sacramento de la fe es la fe" (Epístola 98,9).

Sin duda el sacrificio de la Nueva Alianza es el sacrificio de alabanza que glorifica a Dios y es el camino a través del cual Dios muestra al hombre la salvación porque la salvación del hombre querida por el Padre se ha actuado por medio de Cristo. Y es la Eucaristía el sacramento que nos une para que podamos reconocer a Cristo: "Cuando aquellos dos le reconocieron en la fracción del pan, nadie debe dudar de que se trataba del sacramento que a todos nos reúne cuando

lo conocemos" (Epístola 149,32). El banquete del Señor es la unidad del cuerpo de Cristo, no sólo en el sacrificio del altar, sino también en el vínculo de la paz: "Fuera tienen el sacramento, pero no la realidad de ese sacramento, y por eso comen y beben su condenación. El pan es sacramento de la unidad, pues dice el Apóstol: Un pan, un cuerpo somos muchos. Sola la Iglesia católica es el cuerpo de Cristo, y Cristo es la Cabeza y el Salvador de su Cuerpo. Fuera de este Cuerpo, a nadie vivifica el Espíritu Santo" (Epístola 185,50). Es evidente que "en los buenos, las cosas buenas son salvación; pero en los malos, condenación" (Comentario al evangelio de Juan 6,15).

La Eucaristía es el invento de Dios para dársenos totalmente, es la forma de nos pudiese ser de provecho a nosotros aquello a lo que no podíamos acercarnos, es la razón de nuestra salud: "En su cuerpo y en su sangre quiso que radicase nuestra salud. ¿De dónde dimanó el entregarnos su cuerpo y su sangre? De su humildad. Si no se hubiera humillado, ni se comería ni se bebería. Volved los ojos hacia su sublimidad. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. He aquí el manjar sempiterno; con todo, le comen los ángeles, le comen las supremas potestades, le comen los espíritus celestes, y los que le comen engordan y, no obstante, lo que les sacia y alegra permanece íntegro. ¿Qué hombre podrá acercarse a este alimento? ¿Cómo se hallará un corazón perfectamente adecuado para este manjar? Por lo tanto, convenía que este manjar se transformase en leche, y así llegase a los niños. ¿Cómo se hace el alimento leche? ¿Cómo se convierte el manjar en leche si no es a través de la carne? Esto lo hace la madre... Luego ¿cómo nos alimenta la Sabiduría de Dios con el mismo pan? Porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Ved la humildad; el hombre comió el pan de los ángeles" (Comentario al salmo 33, s.1,6).

2. La eucaristía como alimento espiritual.

> "Dejemos de lado las excusas vanas y perversas y acerquémonos a la cena que nos saciará interiormente. No nos lo impida la soberbia altanera; no nos engría o sujete y aparte de Dios la ilícita curiosidad; la sensualidad de la carne no nos aleje del placer del corazón. Acerquémonos y saciémonos. ¿Quiénes se acercaron sino los mendigos, los débiles, los cojos y los ciegos? No vinieron los ricos sanos, quienes creían que andaban bien y que tenían la vista despierta, es decir, los que presumían mucho de sí y, por lo mismo, casos más desesperados cuanto más soberbios. Vengan, pues, los mendigos, ya que invita el que siendo rico se hizo pobre por nosotros, para que los mendigos nos enriqueciéramos con su pobreza. Vengan los débiles, porque no necesitan del médico los sanos, sino los enfermos. Vengan los cojos diciéndole: 'Endereza mis pasos conforme a tu palabra'. Vengan los ciegos con estas palabras: 'Ilumina mis ojos para que jamás me duerma en la muerte" (Sermón 112,8).

El pan bajado del cielo requiere hambre del hombre interior, sin tener hambre no se desea ni busca alimento alguno, pero esto significa tener hambre de justicia y santidad, en definitiva, tener hambre de Cristo: "¡Qué lejos están estos del pan del cielo! Ni sabían siquiera qué es tener hambre de Él. Tenían heridas en el paladar del corazón: eran sordos que oían y ciegos que veían. Este pan del hombre interior, es verdad, pide hambre" (Comentario al evangelio de Juan 26,1). Es importante darnos cuenta que sin este alimento podemos seguir viviendo humanamente, pero no tenemos vida en plenitud y no podremos nunca disfrutar de la vida eterna, porque este alimento nos lleva a habitar en Cristo, es decir, a permanecer en Él y a dejarnos habitar: "Comer aquel manjar y beber aquella bebida es lo mismo que permanecer en Cristo y tener a Jesucristo, que permanece en sí mismo. Y por eso, quien no permanece en Cristo y en quien Cristo no

permanece, es indudable que no come ni bebe espiritualmente su cuerpo y su sangre" (Comentario al evangelio de Juan 26,18). Y es que la prueba de que uno ha comido y bebido es esta: "La señal de que alguien lo como y lo bebe es si Cristo permanece en él y él en Cristo; si Cristo habita en él y él en Cristo, y si está unido a Él para no ser abandonado" (Comentario al evangelio de Juan 27,1).

Cuando hablamos de la Eucaristía como alimento, tenemos siempre que resaltar que se trata de un alimento espiritual y que esto lleva consigo vivir en consecuencia, por eso distinguirá Agustín el sacramento de la virtud del sacramento, no basta con acercarse al sacramento, es necesario hacerlo desde una vida ordenada, es decir, siendo buenos: "Porque comprendieron espiritualmente este manjar visible, y espiritualmente lo apetecieron, y espiritualmente lo comieron para ser espiritualmente nutridos. Nosotros también recibimos hoy un alimento visible, pero una cosa es el sacramento y otra muy distinta la virtud del sacramento. ¡Cuántos hay que reciben del altar este alimento y mueren en el mismo momento de recibirlo! Por eso dice el Apóstol: Él mismo come y bebe su condenación. ¿No fue para Judas un veneno el trozo de pan del Señor? Lo comió, sin embargo, e inmediatamente que lo comió entro en él el demonio. No porque comiese algo malo, sino porque, siendo malo, comió en mal estado lo que era bueno. Estad atentos, hermanos; comed espiritualmente el pan del cielo y llevad al altar una vida de inocencia" (Comentario al evangelio de Juan 26,11).

Por otra parte, la Eucaristía es también nuestro alimento y bebida apropiada para caminar en este mundo camino de la Patria, es decir, es un alimento espiritual para vencer los obstáculos de la vida. Querámoslo o no, todos necesitamos de este alimento cotidiano. Agustín con mucha frecuencia habla del hambre, pero un hambre que se refiere no tanto al aspecto físico, cuanto a las necesidades espirituales primarias. El hombre tiene hambre de verdad, de vida, de bien, de santidad..., de todos esos valores de carácter espiritual que hacen auténtico al ser humano: "Porque mi carne, dice, es una verdadera comida, y mi sangre una verdadera bebida. Lo que buscan los hombres en la comida y bebida es apagar su hambre y su sed; mas esto no lo logra en realidad de verdad sino este alimento y bebida, que a los que lo toman hace inmortales e incorruptibles, que es la sociedad misma de los santos, donde existe una paz y unidad plenas y perfectas. Por esto, ciertamente (esto ya lo vieron antes que nosotros algunos hombres de Dios), nos dejó nuestro Señor Jesucristo su cuerpo y su sangre bajo realidades, que de muchas de hace una sola. Porque, en efecto, una de esas realidades se hace de muchos granos de trigo, y la otra, de muchos granos de uva" (Comentario al evangelio de Juan 26,17). Lo importante de esta comida y bebida no es que nos alimente más o menos, sino que nos hace inmortales e incorruptibles.

Sabemos que Agustín es un hombre inquieto, siempre insatisfecho y en camino; en un momento determinado de su vida se dio cuenta de que era importante saciarse en las profundidades del propio ser ya que es en el hombre interior donde habita la verdad y se le manifestó esta verdad como un manjar interior capaz de transformar profundamente todo el ser, porque la verdad se identifica con Cristo Jesús: "La verdad es inconmutable, la verdad es el pan que alimenta a las almas; sin menguar, trueca a quien la come; no es ella la que se convierte en el que la come; El Verbo de Dios es la misma verdad, Dios en Dios, Hijo unigénito, que por nosotros se vistió de carne, naciendo de María, virgen, para cumplir la profecía que dice que la verdad nació de la tierra" (Comentario al evangelio de Juan 41,1).

El hombre interior no se podría saciar sino es con una alimento de este tipo, las aspiraciones más profundas del ser humano, como son la verdad, la sabiduría, la justicia, etc., se sacian comiendo el pan de Cristo, pan de los ángeles: "Dios, pues, se hizo hombre para que,

yendo en pos del hombre, lo cual puedes, llegues a Dios, lo cual no podías. El es Mediador; de aquí que se hizo suave. ¿Qué cosa más suave que el pan de los ángeles? ¿Cómo no ha de ser suave el Señor, siendo así que el hombre comió el pan de los ángeles? No vive el hombre debido a un motivo, y el ángel a otro. El es la verdad, El es la sabiduría, El es la fortaleza de Dios, pero tu no puedes gozarte como se gozan de El los ángeles. ¿Cómo se gozan de El? Según es: en el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas. Tú ¿cómo lo percibes? El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Para que el hombre comiera el pan de los ángeles, el Creador de los ángeles se hizo hombre" (Comentario al salmo134,5).

El Verbo de Dios, por tanto, en la reflexión agustiniana, además de ser Pan vivo, es Palabra vivificante, que da vida al espíritu. De hecho, Agustín nos dice que el pan de cada día, que pedimos en la oración dominical, no es otro que la Palabra de Dios, que se nos da para que viva la mente. La Palabra de Dios y la Eucaristía, son el pan cotidiano: "Existe otro pan cotidiano: el que piden los hijos. Es la Palabra de Dios que se nos ofrece día a día. Nuestro pan es cotidiano: con él viven las mentes, no los vientres... Nuestro alimento cotidiano en esta tierra es la palabra de Dios que se distribuye siempre en la Iglesia; nuestra recompensa, posterior al trabajo, de llama vida eterna. Por lo demás, si veis significado en este pan lo que reciben los fieles, lo que vosotros vais a recibir una vez bautizados, justamente rogamos y decimos: Danos hoy nuestro pan de cada día, para que vivamos de tal modo que no nos separemos de aquel altar" (Sermón 56,10).

Cristo sintetiza en su misma persona las tres clases de panes necesarios para que el hombre pueda vivir dignamente: el pan material, para sustentar el cuerpo; el pan de la verdad o de la palabra de Dios, que está contenido en los dos Testamentos y en la predicación de la Iglesia y el pan eucarístico, que es más eficaz que los dos anteriores y sin el cual no habría modo de vivir interiormente: "Volvamos al creador de estas cosas. El es el pan que bajó del cielo; un pan, sin embargo, que repara sin mengua; se le puede asumir, no se le puede consumir. Este pan estaba figurado en el maná; de donde se dijo: Dioles pan del cielo; comió el hombre el pan de los ángeles. ¿Quién sino Cristo es el pan del cielo? Mas para que comiera el hombre el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles hízose hombre. Si no se hubiera hecho esto, no tendríamos su carne; y si no tuviéramos su carne, no comeríamos el pan del altar. Y, pues se nos ha dado un prenda tan valiosa, corramos a tomar posesión de nuestra herencia. Suspiremos, hermanos míos, por vivir con Cristo, pues tenemos en prenda su muerte" (Sermón 130,2).

3. Realismo eucarístico.

> "Acabamos de oír al Maestro de la verdad, Redentor divino y Salvador humano, encarecernos nuestro precio: su sangre. Nos habló, en efecto, de su cuerpo y de su sangre: al cuerpo le llamó comida; a la sangre, bebida. Los fieles saben que se trata del sacramento de los fieles; para los demás oyentes, estas palabras tienen un sentido vulgar. Cuando, por ende, para realzar a nuestros ojos una tal vianda y una tal bebida, decía: Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros (y ¿quién sino la Vida pudiera decir esto de la Vida misma? Este lenguaje, pues, será muerte, no vida, para quien juzgare mendaz a la Vida), escandalizáronse los discípulos; no todos, a la verdad, sino muchos" (Sermón 131,1).

Agustín afirma de forma explícita la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas y la transformación del que lo recibe en lo mismo que recibe. El pan y el vino, aplicándoseles la Palabra de Dios se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo: "Este pan que vosotros veis

sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el Cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si los habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido" (Sermón 227,1).

Serán las palabras de la consagración las que convierten el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Agustín, partiendo de lo que sucede en la eucaristía, invita a sus fieles a vivir la misma unidad: "Lo que estáis viendo, amadísimos, sobre la mesa del Señor es pan y vino; pero este pan y este vino se convierten en el cuerpo y la sangre de la Palabra cuando se les aplica la palabra... He aquí lo que habéis recibido. Veis cómo el conjunto de muchos granos se ha transformado en un solo pan; de idéntica manera, sed también vosotros una sola cosa amándoos, poseyendo una sola fe, una única esperanza y un solo amor... También vosotros habéis venido a parar, en el nombre de Cristo, al cáliz del Señor después del ayuno y las fatigas, tras la humillación y el arrepentimiento; también vosotros estáis sobre la mesa, también vosotros estáis dentro del cáliz. Sois vino conmigo: lo somos conjuntamente; juntos lo bebemos, porque juntos vivimos... Y a partir de aquí asistíais a lo que se realiza mediante las plegarias sagradas que vais a escuchar para que se conviertan en el cuerpo y sangre de Cristo por efecto de la palabra. En efecto, si quitas la palabra, no hay más que pan y vino; pronuncias la palabra, y ya hay otra cosa, ¿qué es? El cuerpo y la sangre de Cristo. Elimina, pues, la palabra: no hay sino pan y vino; pronuncia la palabra, y se produce el sacramento" (Sermón 229,1.3).

Como podemos comprobar por lo que decimos, Agustín apuesta por un profundo realismo eucarístico, es más, para él lo que se recibe en el altar se identifica plenamente con la víctima que murió en la cruz, es el mismo sacrificio y la misma víctima: "Así, pues, Cristo nuestro Señor, que en su pasión ofreció por nosotros lo que había tomado de nosotros en su nacimiento, constituido príncipe de los sacerdotes para siempre, ordenó que se ofreciera el sacrificio que estáis viendo, el de su cuerpo y sangre. En efecto, de su cuerpo, herido por la lanza, brotó agua y sangre, mediante la cual borró los pecados del mundo. Recordando esta gracia, al hacer realidad la liberación de vuestros pecados, puesto que es Dios quien la realiza en vosotros, acercaos con temor y temblor a participar de este altar. Reconoced en el pan lo que colgó del madero, y en el cáliz lo que manó del costado. En su múltiple variedad, aquellos antiguos sacrificios del pueblo de Dios figuraban a este único sacrificio futuro... Recibid, pues, y comed el cuerpo de Cristo, transformados y vosotros mismos en miembros de Cristo, en el cuerpo de Cristo; recibid y bebed la sangre de Cristo. No os desvinculéis, comed el vínculo que os une; no os estiméis en poco, bebed vuestro precio. A la manera como se transforma en vosotros cualquier cosa que coméis o bebéis, transformaos también vosotros en el cuerpo de Cristo viviendo en actitud obediente y piadosa" (Sermón 228 B,2-3).

4. Efectos de la Eucaristía.

> "He aquí lo que habéis recibido. Veis cómo el conjunto de muchos granos se ha transformado en un solo pan; de idéntica manera, sed también vosotros una sola cosa amándoos, poseyendo una sola fe, una única esperanza y un solo amor. Cuando los herejes reciben este sacramento, reciben un testimonio en contra suya, puesto que ellos buscan la división, mientras este pan les está indicando la unidad. Lo mismo sucede con el vino: antes estuvo en muchos cestos de vendimia, y ahora en un único recipiente; forma una unidad en la suavidad del cáliz, pero tras la prensa del lagar. También vosotros habéis venido a parar, en el nombre de Cristo, al cáliz del Señor después del ayuno y las fatigas, tras la

humillación y el arrepentimiento; también vosotros estáis sobre la mesa, también vosotros estáis dentro del cáliz. Sois vino conmigo: lo somos conjuntamente; juntos lo bebemos, porque juntos vivimos" (Sermón 229, 2).

Agustín no se detiene demasiado en el cambio del pan y vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Su atención, parece que le importa más, se fija en los efectos de la Eucaristía en las personas. Es decir, Agustín, en torno al sacramento eucarístico, se mueve más en el simbolismo que en el realismo y, por eso, más que considerarla Eucaristía por aquello que es, la considera en relación a los que la reciben. Por esto para él participar en el cuerpo y en la sangre de Cristo significa desear tener una relación interpersonal con él, y es que "tu Dios será para ti todo. Lo comerás para no tener hambre, lo beberás para no tener sed, serás iluminado por El para que no seas ciego, serás sostenido por El para que no desfallezcas" (Comentario al salmo36, s.1,12).

Piensa Agustín que es un hecho que Cristo quiere estar unido a nosotros, que lo que más desea es estar con nosotros. Por nuestra parte, para que esto pueda ser posible, es necesario que abramos el corazón a su presencia; El está dentro de nosotros: "No digamos nosotros que no conocemos a Cristo; lo conocemos si creemos. Ellos tienen a Cristo en el banquete (se refiere a los discípulos de Emaús); nosotros lo tenemos dentro, en el alma. Mayor cosa es tener a Cristo en el corazón que tenerlo en casa. Nuestro corazón nos es más interior de lo que lo es nuestra casa" (Sermón 232,7).

Como es más que natural, esto exigirá de nosotros una conversión de los corazones. Por eso Agustín llega a decir que "las palabras 'El Señor es mi Pastor, nada me falta' no lo cantan sino los que con el alma transformada anhelan el cáliz del Señor para la vida eterna, no los que comen y beben su propia condenación" (Contra la carta de Petiliano 2,47,110). La conversión de visa es sobre todo imitar a Cristo que se humilló a sí mismo, que se hizo obediente por amor. Agustín afirma que en el cuerpo y la sangre Cristo nos entregó su misma humildad, allí podemos aprenderla si nos acercamos con sencillez de corazón y sin pretensiones absurdas: "Nuestro Señor nos da a conocer esta humildad en su cuerpo y sangre, porque cuando nos entrega su cuerpo y su sangre, nos entrega su humildad" (Comentario al salmo33, s.2,4).

En la Eucaristía Cristo nos entrega su amor, que es donación plena de sí en el anonadamiento; es pobreza suma, por esto, sólo el que le imita puede ser saciado: "Bienaventurados los pobres, porque comerán hasta saciarse; comen los pobres; los ricos no se sacian porque no tienen hambre... A los pobres pertenecían estos que comieron y fueron saciados, soportando los trabajos que padecieron. Ofreció su cena, presentó su pasión; el que le imita es saciado. Los pobres le imitan, pues padecieron de tal modo que siguieron las huellas de Cristo" (Comentario al salmo 21, s.2,27).

Lógicamente estamos dentro de un misterio de fe, por tanto, para recibir el cuerpo y la sangre, será necesaria la fe; para poder participar en este banquete ha de prepararse en corazón, porque es ahí donde se recibe el alimento: "Dio a sus discípulos la cena consagrada con sus manos. No estuvimos sentados a la mesa en aquel convite. Sin embargo, a través de la fe, participamos a diario de la misma cena. Y no tengáis por cosa grande el haber asistido, sin fe, a la cena ofrecida por las manos del Señor, puesto que es mejor la fe posterior que la incredulidad de entonces... No prepares el paladar, sino el corazón. Allí se recomendó esta cena; he aquí que creemos en Cristo; lo recibimos, por tanto, con fe. Al recibirlo, conocemos lo que pensamos. Recibimos poca cosa, pero el corazón queda repleto. No alimenta lo que se ve, sino lo que se cree" (Sermón 112,4-5).

* La Eucaristía sacramento de piedad.

> "Llamo cuerpo y sangre de Cristo, no a la lengua del Apóstol, ni a los pergaminos y tinta que utilizó, ni al sonido vocalizado, ni a los signos alfabéticos impresos en las membranas, sino al fruto formado por la semilla terrena consagrado por la oración mística, siendo para el que lo recibe salud del alma y memorial de la pasión del Señor. Sacramento hecho visible por intervención de los hombres, pero santificado por la acción invisible del Espíritu Santo, al actuar Dios por medio de todas aquellas mociones temporales que tienen lugar en dicho misterio, moviendo antes las formas visibles de los ministros, ora sea actuando sobre la voluntad de los hombres, ora sobre las virtudes de los espíritus invisibles, a Él sujetas" (La Trinidad 3,4,10).

El misterio de la Eucaristía es visto por Agustín como un misterio de piedad, es decir, en ella se nos revela de forma nueva el amor que Dios nos tiene, por lo que podemos hablar de la Eucaristía como misterio del amor de Dios hacia el hombre. A través de este misterio se nos revela lo que Dios ha hecho por nosotros, su entrega como precio para hacernos suyos. En este sacramento se actualiza su muerte y su resurrección. Es evidente que aquí hay un misterio, pero un misterio que exige nuestra atención para poder descubrir lo que la Eucaristía significa en la vida de la Iglesia y en la vida personal y aceptar lo que viene de parte de Dios, ya que "los secretos de Dios deben excitar nuestra atención, no nuestra aversión" (Comentario al evangelio de Juan 27,2).

En la Eucaristía se cumple una misteriosa comunión, pero porque ya se ha realizado en el misterio de la cruz y se reactualiza ahora. Cristo es el sacerdote, la víctima y el sacrificio y por ese sacrificio nosotros somos justificados: "¿Qué carne tan grata para el que ofrece y para el que recibe la ofrenda, como la carne de nuestro sacrificio, hecha cuerpo de nuestro Sacerdote? Cuatro elementos integran todo sacrificio: el que ofrece, a quien se ofrece, qué se ofrece y por quiénes se ofrece. El único y verdadero Mediador nos reconcilia con Dios por medio de este sacrificio pacífico, permanece en unidad con aquel a quien ofrece, se hace una misma cosa con aquel por quien se ofrece, y el que ofrece es lo que ofrece" (La Trinidad 4,14,19).

Los sacramentos son la vida de la Iglesia, edifican la Iglesia (Cfr. La ciudad de Dios 22,17) y según Agustín el sacramento es un signo significante, es signo de la gracia, de hecho, hablando del bautismo dice que "se junta la palabra al elemento y se hace el sacramento, que es como una palabra invisible" (Comentario al evangelio de Juan 80,3). Pero no basta el signo externo, es necesario que exista la fe y la caridad para que el signo produzca su fruto, así se lo dice Agustín a Donato: "Dirás, sin duda, que tienes un sacramento. Verdad dices. El sacramento es cosa divina. Tú tienes el bautismo, lo confieso. Pero ¿sabes qué dice el Apóstol? Aunque conozca todos los misterios, y posea el don de profecía, y tenga tanta fe que traslade las montañas (esto último es para que no digas que te basta tener la fe)... Gran cosa es la fe, pero no aprovecha sin la caridad" (Comentario al evangelio de Juan 6,21).

Agustín nos dice que sólo los que están unidos al cuerpo, es decir, los que pertenecen a la Iglesia, son los que reciben adecuadamente este sacramento y reciben sus frutos: "La razón es el haber recibido el cuerpo de Cristo no sólo sacramentalmente, sino realmente, estando incorporados en Él. Es el mismo cuerpo del que dijo el Apóstol: Como hay un sólo pan, aun siendo muchos formamos un solo cuerpo. Luego el que forma parte de la unidad de ese cuerpo, es decir, el que es miembro de ese organismo integrado por los cristianos, que comulgan habitualmente del altar en el sacramento de su cuerpo, ese es de quien puede decirse que come el

cuerpo de Cristo y bebe su sangre" (La ciudad de Dios 21,25,2).

En la Eucaristía se hace presente el amor que llevó a Jesús a entregarse a la muerte; Agustín nos lo recuerda cuando habla de la muerte de su madre y de cómo le pidió que se acordase de ella "ante el altar del Señor, al cual había servido sin dejar ningún día, sabiendo que en él es donde se inmola la Víctima santa, con cuya sangre fue borrada la escritura que había contra nosotros, y vencido el enemigo que cuenta nuestros delitos y busca de qué acusarnos, no hallando nada en aquel en quien nosotros vencemos" (Confesiones 9,13,36).

* Eucaristía signo de unidad y vínculo de caridad.

> "En este pan se os indica cómo debéis amar la unidad. ¿Acaso este pan se ha hecho de un solo grano? ¿No eran, acaso, muchos los granos de trigo? Pero antes de convertirse en pan estaban separados; se unieron mediante el agua después de haber sido triturados. Si no es molido el trigo y amasado con agua, nunca podrá convertirse en esto que llamamos pan. Lo mismo os ha pasado a vosotros: mediante la humillación del ayuno y el rito del exorcismo habéis sido molidos. Llegó el bautismo, y habéis sido como amasados con el agua para convertiros en pan. Pero todavía falta el fuego, sin el cual no hay pan. ¿Qué significa el fuego, es decir, la unción con aceite? Puesto que el aceite alimenta el fuego, es el símbolo del Espíritu Santo... El nos inspira la caridad, que nos hará arder para Dios y despreciar el mundo, quemará nuestro heno y purificará nuestro corazón como si fuera oro. Después del agua llega el Espíritu Santo, que es el fuego, y os convertís en el pan, que es el cuerpo de Cristo. Y así se simboliza, en cierto modo, la unidad" (Sermón 227).

Uno de los frutos de la eucaristía, tal vez el más importante, es la unión de la comunidad cristiana a través de la caridad. Toda la Iglesia por medio de la Eucaristía es verdadero cuerpo de Cristo, unido en la fe, esperanza y caridad de Cristo: "He aquí lo que habéis recibido. Veis como el conjunto de muchos granos se ha transformado en un solo pan; de idéntica manera sed también vosotros una sola cosa amándoos, poseyendo una sola fe, una única esperanza y un solo amor" (Sermón 229,2). A la vez, esta fe, esperanza y caridad, son la condición para recibir dignamente la Eucaristía: "Recibidlo, pues, de manera que penséis en ello, mantengáis la unidad en el corazón y tengáis siempre vuestro corazón fijo en lo alto. No esté vuestra esperanza en la tierra, sino en el cielo; vuestra fe está segura en Dios, sea agradable a Dios, pues lo que aquí creéis aunque no veis, lo veréis allí donde el gozo no tendrá fin" (Sermón 227).

El significado pleno de la Eucaristía se alcanza en la participación del Espíritu de Cristo, no basta con comer materialmente en el sacramento, será necesario permanecer en el Espíritu y vivir de El: "Todo esto que habló el Señor acerca de su carne y de su sangre y la promesa que nos hizo de la vida eterna en virtud de su administración, y el querer que por esto se distinguiesen los que comen su carne y beben su sangre, a saber: por la permanencia de ellos en El y de El en ellos... Todo esto nos sirve, amadísimos, para que no comamos y bebamos su carne y su sangre solo sacramentalmente, como lo hacen también muchos que son malos, sino que lo comamos y bebamos de tal modo que participemos de su Espíritu, con el fin de permanecer como miembros en el cuerpo del Señor y vivir de su Espíritu" (Comentario al evangelio de Juan 27,11).

En el fondo de lo que se trata es de identificarse con Cristo, de participar de la vida de Cristo: "Comer aquel manjar y beber aquella bebida es lo mismo que permanecer en Cristo y tener a Jesucristo, que permanece en sí mismo. Y por eso, quien no permanece en Cristo y en

quien Cristo no permanece, es indudable que no come ni bebe espiritualmente su cuerpo y su sangre, aunque materialmente y visiblemente toque con sus dientes el sacramento de realidad tan augusta, ya que, impuro y todo, se atreve a acercarse a los sacramentos de Cristo, que nadie puede dignamente recibir sino los limpios" (Comentario al evangelio de Juan 26,18). Para Agustín entre la Eucaristía y el amor a la unidad hay una estrecha relación y lo pone de manifiesto en muchos de sus textos: "Ya dijimos, hermanos, lo que nos recomienda el Señor cuando comemos su carne y bebemos su sangre, a saber: que permanezcamos en Él y que Él permanezca en nosotros. Moramos en Él cuando somos miembros suyos, y él mora en nosotros cuando somos templo suyo. La unidad nos junta para que podamos ser sus miembros; y la unidad se realiza por la caridad" (Comentario al evangelio de Juan 27,6).

Agustín identifica el comer y el beber el cuerpo y la sangre con el vivir, porque esta es la vida para cada uno, sin ella, no tendremos vida auténtica; se como y se bebe la vida, este es el gran misterio de la Eucaristía: "Así, pues, nos dio en su cuerpo y sangre un saludable alimento, y, a la vez, en dos palabras resolvió la cuestión de su integridad. Coman, por ende, quienes lo comen y beban los que lo beben; tengan hambre y sed; coman la vida, beban la vida. Comer esto es rehacerse; pero en tal modo te rehaces, que no se deshace aquello con que te rehaces. Y beber aquello, ¿qué cosa es sino vivir? Cómete la vida, bébete la vida; tú tendrás vida sin mengua de la Vida. Entonces será esto, es decir, el cuerpo y la sangre de Cristo será vida para cada uno, cuando lo que en este sacramento se tome visiblemente, el pan y el vino, que son signos, se coma espiritualmente, y espiritualmente se beba lo que significa" (Sermón 131,1).

Recibir este sacramente es hacernos mejores, porque sólo por Dios nosotros podemos vivir vida auténtica, ya que por nosotros mismos no somos capaces de dar ni un paso en el camino de la vida: "No dice: Así como yo como a mi Padre y vivo por mi Padre, así quien me come a mí vivirá por mí. Pues el Hijo no se hace mejor por la participación de su Padre, porque es igual a Él por nacimiento; mientras que nosotros sí que nos hacemos mejores participando del Hijo por la unidad de su cuerpo y sangre, que es lo que significa aquella comida y bebida. Vivimos, pues, nosotros por Él mismo comiéndole a Él, es decir, recibiéndole a Él, que es la vida eterna, que no tenemos de nosotros mismos... Pero diciendo: Quien me come a mí, vivirá por mí, no significa identidad entre Él y nosotros, sino que muestra sencillamente la gracia de mediador" (Comentario al evangelio de Juan 26,19).

La carne de Cristo es el sacramento de la vida: "Entended espiritualmente lo que os dije; no habéis de comer este cuerpo que veis ni habéis de beber la sangre que han de derramar los que me crucifiquen. Os recomendé un sacramento; si lo entendéis espiritualmente, os vivificará. Aun cuando es necesario que se celebre visiblemente, con todo, conviene entenderlo espiritualmente" (Comentario al salmo 98,9). Después de participar en esta comida es necesario digerir adecuadamente, de lo contrario no le aprovecha a quien lo toma: "Es alimento que gusta todo el que tiene sanas las fauces del hombre interior; es un alimento que se recomienda a sí mismo cuando dice: Yo soy el pan que ha bajado del cielo. El alimento que fortalece y no escasea; un alimento que no se acaba con la consumición; un alimento que sacia a los hambrientos y queda íntegro. Cuando vayáis de aquí a vuestras mesas no comeréis otro igual. Puesto que habéis venido a este banquete, comedlo bien; y cuando os hayáis marchado, digeridlo mejor. Come bien y digiere mal quien oye la palabra de Dios y no la pone en práctica. No hace llegar a su cuerpo el jugo conveniente, sino que por la indigestión eructa una cruda molestia" (Sermón 28,2). Parece que nos está diciendo que para recibir dignamente la Eucaristía, es indispensable una conducta de vida adecuada, por eso él nos recomienda: "Recibir, pues, y comed el cuerpo de Cristo, transformados ya vosotros mismos en miembros de Cristo, en el cuerpo de Cristo; recibid y bebed la sangre de Cristo. No os desvinculéis, comed el vínculo que os une; no os estiméis en

poco, bebed vuestro precio. A la manera como se transforma en vosotros cualquier cosa que coméis o bebéis, transformaos también vosotros en el cuerpo de Cristo viviendo en actitud obediente y piadosa" (Sermón 228 B,3).

Agustín nos invita a "dar testimonio de la sangre que hemos recibido" (Sermón 181,7). Esto quiere decir que la Eucaristía nos debe llevar, en la vida de cada día, a responder de la sangre de Cristo, no podemos ser ya indiferentes, como no lo es Caín de la sangre de su hermano: "La persona que acepta como verdadero que Cristo está en su corazón jamás podrá decir con Caín: '¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?' Y Dios dijo a Caín '¿qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano grita hacia mí de la tierra'. De hecho la sangre de Cristo sobre la tierra grita fuerte para que todos respondamos Amén cuando recibamos su sangre. Es la voz clara de la sangre, que la sangre misma hace sonar a través de la boca de los fieles" (Contra Fausto 12,10).

Sin duda la Eucaristía tiene mucho que ver con la participación en la pasión del Señor, pero esto implica que, de alguna manera, al recibir la Eucaristía nos remitamos a esa pasión: "Dice el Señor: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Aquí parece mandarse una iniquidad y una maldad; luego es una locución figurada por la que se nos recomienda la participación en la pasión del Señor, y se nos amonesta que suave y útilmente retengamos en nuestra memoria que su carne fue llagada y crucificada por nosotros" (Sobre la doctrina cristiana 3,16,24). La celebración de la Eucaristía es el memorial de la pasión y de la resurrección del Señor: "La importancia que concedemos a estos días no debe ser tal que nos lleve a descuidar el recuerdo de la pasión y resurrección del Señor cuando cada día nos alimentamos con su cuerpo y sangre" (Sermón 229 D,2).

Para que el amén, que debemos pronunciar, sea verdadero es necesario que cada uno de los que lo pronunciemos seamos verdaderos miembros del Cuerpo de Cristo, y se es verdadero miembro permaneciendo en El: "Lo que estáis viendo sobre el altar de Dios, lo visteis también la pasada noche; pero aun no habéis escuchado qué es, qué significa ni el gran misterio que encierra. Lo que veis es pan y un cáliz; vuestros ojos así os lo indican. Mas según vuestra fe, que necesita ser instruida, el pan es el cuerpo de Cristo, y el cáliz la sangre de Cristo... Lo que se ve tiene forma corporal; lo que se entiende posee fruto espiritual. Por tanto, si quieres entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol, que dice a los fieles: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros. En consecuencia, si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que sois respondéis con el Amén, y con vuestra respuesta lo rubricáis. Si se dice: 'el cuerpo de Cristo', y respondes: 'Amén'. Sé miembro del cuerpo de Cristo para que sea auténtico el Amén" (Sermón 272).

La eucaristía debe tener una unión inseparable con la vida, de lo contrario no tiene sentido pleno; es el alimento cotidiano. Agustín, no obstante, parece que pone en el mismo nivel la Eucaristía y la Palabra: "La Eucaristía, en consecuencia, es nuestro pan de cada día; pero recibámoslo de manera que no sólo alimentemos el vientre, sino también la mente. La fuerza que en él se simboliza es la unidad, para que agregados a su cuerpo, hechos miembros suyos, seamos lo que recibimos. Entonces será efectivamente nuestro pan de cada día. Lo que yo os expongo es pan de cada día. Pan de cada día es escuchar diariamente las lecturas de la Iglesia; pan de cada día es oír y cantar himnos. Cosas todas que son necesarias en nuestra peregrinación. ¿Acaso cuando lleguemos allá hemos de escuchar la lectura del códice? Al Verbo mismo hemos de ver, a él oiremos, él será nuestra comida y nuestra bebida como lo es ahora para los ángeles" (Sermón 57,7).

5. Eucaristía e Iglesia.

> "Vivid bien, amadísimos míos, para que después de haber recibido tan grande sacramento podáis presentaros ante el tribunal con conducta intachable. Corregid los vicios, ordenad las costumbres, dad cabida a las virtudes; esté presente en cada uno de vosotros la piedad, la santidad, la castidad, la humildad y la sobriedad, para que, ofreciendo tales frutos a Dios, Él se deleite en vosotros, y vosotros en Él... Amad al Señor, puesto que Él os ama a vosotros; visitad frecuentemente esta madre que os engendró. Ved lo que ella os ha aportado: ha unido la criatura al creador, ha hecho de los siervos hijos de Dios, y de los esclavos del demonio, hermanos de Cristo. No seréis ingratos a tan grandes beneficios si le ofrecéis el obsequio respetuoso de vuestra presencia. Nadie puede tener propicio a Dios Padre si desprecia a la Iglesia madre. Esta madre santa y espiritual os prepara cada día los alimentos espirituales, mediante los cuales robustece no vuestros cuerpos, sino vuestras almas. Os otorga el pan del cielo y os da a beber el cáliz de la salvación: no quiere que ninguno de sus hijos sufra hambre de estos alimentos" (Sermón 255 A).

El principio general de la doctrina sacramental agustiniana está en una cierta semejanza, sin la cual no se tienen sacramentos. Agustín habla con frecuencia de la relación Eucaristía-Iglesia y nos muestra una Iglesia unida en torno a la única Eucaristía, es más, el cuerpo del Señor lo entiende Agustín, al mismo tiempo, como pan eucarístico y como Iglesia, creando entre ellos una profunda unidad. Entre el cuerpo de Cristo eucarístico y eclesial hay una vinculación íntima, una identificación misteriosa. Agustín resume esta identificación en término comunión, que desborda la comunión eucarística para convertirse en comunión universal de una misma vida y de un mismo cuerpo eclesial, a la vez que del cuerpo y sangre del Resucitado como cabeza. La comunión es en primer lugar la unidad de la Iglesia que debe después plasmarse y encontrar su consumación en la celebración sacramental de la misma comunión vivida (Cfr. La ciudad de Dios 21,25,2). Agustín incluso afirma que alimentarse del cuerpo de Cristo presupone ser cuerpo de Cristo o pertenecer a ese cuerpo. La unidad eclesial es la concordia espiritual y la primera consecuencia es la comunión de bienes: "También nosotros, recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, y si estamos unidos por la caridad, y si nos gozamos del nombre y fe católicos... Si amamos, algo tenemos; porque, si amas la unidad, cualquiera que tenga algo en ella, la tiene también para ti. Haz que se vaya de ti la envidia, y todo lo mío es tuyo. Haga yo que desaparezca de mí la envidia, y es mío todo lo tuyo" (Comentario al evangelio de Juan 32,8).

Pero la unidad eclesial no se refiere sólo al plano de la caridad, sino también al plano sacramental y así se constituye como signo visible del amor recíproco entre los hermanos (Cfr. Comentario a la primera epístola de Juan 1,12). La división entre los creyentes manifiesta la ausencia de la caridad, que es la que hace que todo tenga valor. La unidad de la Iglesia se expresa sobre todo en el sacramento del pan eucarístico: "Para que nadie piense haber recibido a Cristo, si no participa de su cuerpo, es decir, de su Iglesia, cuya unidad encarece el Apóstol en el misterio del pan al decir: Siendo muchos, somos un solo pan, un solo cuerpo. Así, cuando al ofrecerles el pan bendecido se les abrieron los ojos y lo reconocieron, se les abrieron también para conocerlo, removido el obstáculo que les impedía reconocerlo" (Concordancia de los evangelistas 3, 25,72).

En la reflexión de Agustín, en consonancia con la Iglesia de su tiempo, se descubre una relación profunda entre la Eucaristía y la Iglesia, aunque es verdad que necesita ser articulada, del sacramento se va a la Iglesia y de la Iglesia a los sacramentos. El sacramento es tal por la

semejanza con la realidad de la que es sacramento (Cfr. Epístola 98,9). Por tanto, la unidad de la Iglesia y la unidad del sacrificio eucarístico van de la mano. Agustín insiste en que el misterio eucarístico siempre es un misterio de unidad: “Los fieles conocen el cuerpo de Cristo si no desdeñan ser el cuerpo de Cristo. Que lleguen a ser el cuerpo de Cristo si quieren vivir del Espíritu de Cristo. Del Espíritu de Cristo solamente vive el cuerpo de Cristo... El mismo cuerpo de Cristo no puede vivir sino del Espíritu de Cristo. De aquí que el apóstol Pablo nos habla de este pan diciendo: Somos muchos un solo pan, un solo cuerpo. ¡Oh qué misterio de amor, y qué símbolo de unidad, y qué vínculo de caridad! Quien quiere vivir sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Que se acerque, y que crea, y que se incorpore a este cuerpo, para que tenga participación de su vida” (Comentario al evangelio de Juan 26,13-14).

En la Eucaristía se da el misterio de la unidad con Cristo y con la Iglesia; en nosotros la unidad con Cristo y con la Iglesia, que nos es absolutamente necesarias para poder vivir con autenticidad, no se alcanza automáticamente por la pura recepción del sacramento, sino que se necesita, por parte del sujeto, un esfuerzo para vivirla antes, llevando el propio sacrificio del egoísmo sobre el altar y continuar después en la vida el significado que el sacramento lleva: "Dime qué es lo que recibe la vida y quién la recibe. ¿Es tu espíritu el que recibe la vida de tu cuerpo o es tu cuerpo el que recibe la vida de tu espíritu? Responderá todo el que vive (pues el que no puede responder a esto no se si vive) ¿Cuál será la respuesta de quien vive? Mi cuerpo recibe ciertamente de mi espíritu la vida ¿Quieres, pues, tú recibir la vida del espíritu de Cristo? Incorpórate al cuerpo de Cristo ¿Por ventura vive mi cuerpo de tu espíritu? Mi cuerpo vive de mi espíritu, y tu cuerpo vive de tu espíritu. El mismo cuerpo de Cristo no puede vivir sino del Espíritu de Cristo. De aquí que el apóstol Pablo nos hable de este pan diciendo: 'somos muchos un solo pan, un solo cuerpo' ¡Oh qué misterio de amor, y qué símbolo de la unidad, y qué vínculo de la caridad! Quien quiere vivir sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Que se acerque y que crea, y que se incorpore a este cuerpo, para que tenga participación de su vida" (Comentario al evangelio de Juan 26,13). Agustín siempre pone de relieve que la Eucaristía es sacramento de unidad: “Lo que recibís, eso sois por la gracia que os ha redimido; cuando respondéis Amén, lo rubricáis personalmente. esto que veis es el sacramento de la unidad... Así como de muchos granos reunidos, y en cierto modo mezclados entre sí mediante el agua, se hace un solo pan, de idéntica manera, mediante la concordia de la caridad, se crea el único cuerpo de Cristo... Así, por tanto, lo mismo en el pan que en el vino se encuentra el misterio de la unidad” (Sermón 229 A,1-2).

Para Agustín, como ya hemos resaltado, la Eucaristía significa la unión de los miembros del mismo cuerpo, que es la Iglesia. Esta espiritualidad procedente de Cristo nos lleva al sentido eclesial y unitario, dado que "este manjar y esta bebida significan la unidad social entre el cuerpo y sus miembros, que es la Iglesia santa, con sus predestinados, y llamados, y justificados, y santos ya glorificados, y con los fieles" (Comentario al evangelio de Juan 26,15).

Agustín siempre se ha preguntado dónde encontrar a un mediador, que no puede ser otro que Cristo, que le lleve a la verdad plena; es consciente que Cristo es la Verdad: "Tú eres la verdad que presides sobre todas las cosas" (Confesiones 10,41,66). Este Cristo apareció humilde para enseñar la humildad, y fue enviado por Dios para la salvación de los hombres y así nos ha devuelto la esperanza que teníamos perdida, y, por fin, se queda con nosotros como comida, para que nos sirva de alimento cotidiano: "Con razón tengo yo gran esperanza en él de que sanarás todos mis desfallecimientos por su medio, porque el que está sentado a tu diestra te suplica por nosotros; de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son las dolencias, sí; muchas y grandes son, aunque más grande es tu Medicina. De no haberse hecho tu Verbo carne y habitado entre nosotros, con razón hubiéramos podido juzgarle apartado de la naturaleza humana y

desesperar de nosotros..., porque pienso en mi rescate, y lo como y lo bebo y distribuyo, y, pobre, deseo saciarme de él en compañía de aquellos que lo comen y son saciados" (Confesiones 10,43,69-70).

Terminamos con un texto en el que Agustín de alguna manera nos invita a transformarnos nosotros mismos en altar y en ofrenda: “Somos, en efecto, todos a la vez y cada uno en particular, templos suyos, ya que se digna morar en la concordia de todos y en cada uno en particular; sin ser mayor en todos que en cada uno, puesto que no se distiende por la masa ni disminuye por la participación. Cuando nuestro corazón se levanta a Él, se hace su altar: le aplacamos con el sacerdocio de su primogénito; le ofrecemos víctimas cruentas cuando por su verdad luchamos hasta la sangre; le ofrecemos suavísimo incienso cuando en su presencia estamos abrasados en religioso y santo amor; le ofrecemos y devolvemos sus dones en nosotros y a nosotros mismos en ellos; en las fiestas solemnes y determinados días le dedicamos y consagramos la memoria de sus beneficios a fin de que con el paso del tiempo no se nos vaya introduciendo solapadamente el olvido; con el fuego ardiente de la caridad le sacrificamos la hostia de humildad y alabanza en el ara de nuestro cuerpo” (La ciudad de Dios 10,3).